

Mentir y colonizar. Obediencia inconsciente y subjetividad neoliberal

IVÁN MAURICIO PATIÑO MOSCOSO*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

MERLIN, NORA. *Mentir y colonizar. Obediencia inconsciente y subjetividad neoliberal*. Buenos Aires: Letra Viva, 2019. 142 páginas.

La pretensión neoliberal de cooptarlo todo en fila su artillería imaginaria y simbólica sobre la topología pulsional. Esta forma de totalitarismo, “marca histórica siempre pronta a retornar”¹, no logra ocultarse tras el relente comunicacional que se presenta como veraz e imparcial. Detrás de “nuestras audiencias” o “nuestros televidentes”, como rezan aquellos sintagmas prefabricados propios de los medios concentrados de comunicación que indican supuesto cuidado y atención por la pluralidad, se enmascara, por un lado, la ligazón lingüística entre *oír* y *obedecer* —del latín *obaudire*—, y, por otro, el encubrimiento de la imagen gracias a su potencia constituyente, captadora y, por esa vía, articuladora de las identificaciones. Es así que, en *lingua franca*, quizás sea más propicio decir: “nuestros acatadores”, “nuestros sometidos”, “nuestros fascinados”.

1. Nora Merlin, *Mentir y colonizar. Obediencia inconsciente y subjetividad neoliberal* (Buenos Aires: Letra Viva, 2019), 85.

* e-mail: imatinom@unal.edu.co

CÓMO CITAR: Patiño Moscoso, Iván Mauricio. “Mentir y colonizar. Obediencia inconsciente y subjetividad neoliberal (reseña)”. *Desde el Jardín de Freud* 21 (2021): 515-519, doi: 10.15446/djf.n21.101269.

© Obra plástica: Lesivo Bestial

La pregunta por el neoliberalismo, por su estatuto como paradigma imperante y su avance acelerado y *acéfalo*, constituye una reedición de la misma pregunta que en el siglo XVI se formuló Etienne de La Boétie: ¿cómo pueden los pueblos soportar el yugo y las execraciones del tirano?, ¿cómo pueden, no solo tolerarlas, sino incluso aceptarlas, preferirlas y hasta procurarlas?, “¿cómo llamar a este vicio tan horrible [por el que las personas] no son gobernadas, sino tiranizadas [...], no por un ejército o por una horda, sino por un único *hombrecillo*?”². Pues bien, en nuestros días, ¿no es acaso el mercado financiero, algorítmico y digital, ese *hombrecillo* único y déspota capaz de producir en serie subjetividades signadas por el acatamiento inconsciente de órdenes y, con ello, por la sumisión acrítica ante todo tipo de vejámenes, “saqueos, asaltos y crueldades”³? Maticemos, sin embargo, la noción de *acéfalo*, pues, aunque el trayecto circular del discurso capitalista parece no tener coto, ni lugar de dominancia o agente definido, “el neoliberalismo supone una *voluntad* ilimitada que busca extender globalmente sus valores y significaciones”⁴, es decir, “el poder, considerado [por Claude Lefort como] un lugar vacío [que hace] posible la crítica y la interrogación”⁵, es obturado por el neoliberalismo,

2. Etienne de La Boétie, *El discurso de la servidumbre voluntaria* (Buenos Aires: Utopía libertaria, 2008), 46. Las cursivas son mías.

3. *Ibíd.*

4. Merlin, *Mentir y colonizar*, 29. Las cursivas son mías.

5. *Ibíd.*, 28.

concienzuda, inteligente y premeditadamente apelando a un conjunto de estrategias específicas; así “configuran el sentido común desde un totalitarismo comunicacional y semiótico, digitan la opinión pública y construyen cultura de masas”⁶. Es este paradigma social el catalizador de la servidumbre voluntaria, sobre la base de un “sistema de identificaciones y creencias, que funcionan como certezas y modos de satisfacción”⁷. Pues esta última, la satisfacción, ha adquirido el estatuto de mandato cultural. El Superyó, aquella instancia censora y vigilante elucidada por Freud, ordena, sin empacho, gozar; edicto que, instalado a nivel inconsciente, permite cernir algo del viejo cuestionamiento planteado por Etienne de La Boétie. “Se trata de un imperativo de goce con raíz pulsional, que domina al sujeto en un círculo sin salida donde a mayor sometimiento, más severo y exigente”⁸ se presenta.

Pero ¿cuáles son esas estrategias que hacen del neoliberalismo un paradigma indisoluble, a pesar de las barbaries que a cada instante se hacen patentes? De entrada podemos constatar que el capitalismo no constituye solamente un modelo económico, sino que, como lo advirtió Marx a propósito de las mercancías y su halo metafísico, en el neoliberalismo, esta fase del discurso capitalista es más bien una forma de producción industrial, seriada y calculada de subjetividades, esto es, una modalidad discursiva —torsión sobre la base del Discurso del Amo—, modalidades específicas de sujeción, en términos de la estructura de pensamientos, creencias y sus anudamientos sensibles; en suma, en términos de la estructura significativa en la que el sujeto puede tener un lugar. Es que, cuando se trata de instalar cierto dispositivo biopolítico y de disciplinamiento, la primera esclusa que conviene dejar abierta es la de los afectos, entrada por la que el poder, en calidad de lugar vacío, sería cooptado. La indefensión produce angustia, sin anudamiento con el Otro no hay sujeto representado,

6. *Ibíd.*, 30.

7. *Ibíd.*

8. *Ibíd.*, 32.

solo desamparo. La angustia y su implícita incertidumbre se convierten, pues, en el material predilecto de los totalitarismos. El régimen neoliberal, que no es ajeno a esta práctica de instrumentalización indiscriminada, induce, por lo tanto, en el cuerpo social, obediencia acrítica y sumisión despolitizada. Así, “obedecer los mandatos y preceptos que se imponen constituye una elaboración sintomática de la angustia, una medida de supuesta protección frente a ella; luego el sometimiento a los imperativos se repite como un modo de satisfacción que cobra fijeza”⁹. Pero ¿mandatos y preceptos impuestos por quién? Por aquel que ocupa un lugar en la hornacina de la veneración, al mejor estilo de los dogmas religiosos y su valor irrefutable de verdad. Allí donde “se cree y luego se ve”¹⁰, el líder aglutina la masa, fascina y detenta tanto el poder como la “omnipotencia que protege [a esa masa] de la emergencia de angustia”¹¹.

Es que, instrumentalizado ese afecto, es el único que no engaña, y sobre las ruedas del aparataje propagandístico, mediático y comunicacional, es fácilmente franqueable el umbral hacia el odio, el terror y, con ello, hacia una nueva forma de totalitarismo. “Los Estados neoliberales [...] dejan de ser protectores para convertirse en policías mediante la aplicación del terror y del miedo como modo de disciplinamiento social”¹². El poder cooptado por un Estado neoliberal desvanece también su triple partición, de manera que no solo se legisla para lograr exenciones a las corporaciones y a los conglomerados financieros, sino que la rama judicial resulta teñida también por grupos burocráticos y partidistas cuyo único objetivo es desestabilizar iniciativas en el campo de lo popular y lo político que planteen límites e interrogaciones al poder. Allí la estrategia es la del *lawfare*, esto es, “el uso indebido de los instrumentos jurídicos, para derrotar gobiernos

9. *Ibíd.*, 56.

10. *Ibíd.*, 65.

11. *Ibíd.*, 55.

12. *Ibíd.*, 89.

populares y denostar a sus dirigentes tomados como enemigos: demonizarlos, inhabilitarlos y encarcelarlos”¹³.

Pues bien, como en una religión o en el pelotón entregado a su ideal, en el capitalismo y su fase neoliberal, las singularidades desaparecen. Homogéneos todos, soldados, feligreses o devotos consumidores, asisten a la efervescencia angustiante de su inerme condición. La voz de un padre, un dios o un líder resuena en los templos comunicacionales, y su prestidigitación mediática coloniza la subjetividad y somete al individuo —pues el sujeto, heterogéneo, no tiene aquí cabida—, mientras lo desposee de cualquier recurso simbólico o recodo crítico con el cual tomar distancia del mandato —al fin y al cabo, para él, ya no tan— apabullante. Relegado del circuito productivo, su lugar en la cultura flaquea también, pues el trabajo, “fundamento de la cultura y vía privilegiada de inclusión y orden[ación] social”¹⁴, queda dislocado y atomizado en una diversidad de ocupaciones en medio de un mar de incertidumbres, enmascaradas tras los imperativos paradójicos y siempre inalcanzables de la autoexplotación y el rendimiento. Y es paradójico porque el trabajo también entra en la licuefacción y la vacilación, pero

[...] los principios empresariales invaden la vida, la subjetividad es “capital” humano mensurable a través de cifras y protocolos, se promueve el ideal de hombre emprendedor, empresario de sí mismo [...]. Los imperativos de esta cultura exigen consumo y rendimiento ilimitado, conduciendo inevitablemente a una subjetividad deudora, con un individuo culpable que siempre estará en falta porque los rendimientos nunca dan la talla esperada.¹⁵

Es así como la instalación de la masa corre simultáneamente con la destitución del Estado y sus funciones reguladoras; desaparecen “los ropajes simbólicos, la memoria,

los discursos, la historia, la política y las singularidades. [El] sujeto queda a la intemperie, desprovisto de mecanismos protectores, en situación de permanente amenaza por la pérdida de derechos y condiciones de existencia”¹⁶.

Estas son algunas de las consecuencias que deja la instalación del neoliberalismo; una cultura de masas engrana un movimiento colonizador que encuentra su combustible en la instrumentalización de la angustia. Pero lo que está en juego, en el fondo, es la disputa por la democracia. En el marco de este dispositivo de des/subjetivación calculada, la democracia se yergue, aunque raquíta, sobre la base de imposturas que deshilvanan los antagonismos y los conflictos propios de lo heterogéneo y lo político, en aras de un imperativo de goce que, gracias a una suerte de mesmerismo, se disemina y se generaliza. Con el poder cooptado por las corporaciones, la democracia sufre una mutación, el pueblo se desmorona y, en su lugar, en el solio del poder, aparece el *Chief Executive Officer* (CEO) y todo su ejército de expertos *mercadotecnócratas* y científicos financieros, reduciendo la noción de gobierno a la de *gobernanza*, cercana a la de *gerencia*, *gestión* y *administración*¹⁷ de grandes flujos financieros internacionales y del capital corporativo en manos de minorías privilegiadas.

Así, esta “ceocracia”¹⁸ hace de lo político un resto del que conviene deshacerse. Aludiendo a una —incongruente— *desideologización ideal*, se elimina el disenso, se enarbola una libertad canalla y *gocetas* que desalienta la participación en los asuntos públicos, *iidiōtēs* —ιδιώτης— todos!, concentrados en sus asuntos privados, “apasionados por la ignorancia”¹⁹. Coadyuvan los órganos difusores y propagandísticos de esta “nueva democracia”²⁰, es decir, los medios de comunicación corporativos impulsan la instalación de prototipos sociales que se hacen patentes en la profusión de frasecillas banales,

13. *Ibíd.*, 92.

14. *Ibíd.*, 62.

15. *Ibíd.*, 70.

16. *Ibíd.*, 60.

17. Significantes propios del régimen neoliberal.

18. *Ibíd.*, 79.

19. *Ibíd.*, 46.

20. *Ibíd.*, 77.

argumentos sin fundamento conceptual o epistemológico, como las mentadas “yo pago mis impuestos”, “soy apolítico”, o las muy colombianas “yo no marchó, yo produzco” —esta, que tanto corrillo hizo en las manifestaciones del año 2019—, o “que robe, pero que haga obras” —como extendiendo sobre la totalidad de los burócratas políticos un manto de desconfianza o de corrupción generalizada que, sin embargo, aceptamos a cambio de... un poco de asfalto—.

Pero, como diría Jorge Alemán, el crimen no es perfecto. El sujeto no es producto de los aparatos ideológicos del Estado, ni es el diseño resultante al final de una cadena de producción. Un límite puede establecerse ante la pretensión totalizadora —y totalitaria— del neoliberalismo. Ello implica otro tipo de formación social distinta a la masa, es decir, “identificar unidades más pequeñas que el grupo, para establecer el tipo de unidad al que el populismo da lugar”²¹. Pues bien, esta “constitución ontológica de lo político”²², el populismo, interroga al poder y fisura los juicios prefabricados que convergen en obediencia acrítica, de la misma manera que “amplía la concepción democrática [y] aporta un pueblo que se construye por voluntad popular, [es decir], un nuevo modo de representación que va a tomar carácter soberano: la hegemonía”²³. Pero el populismo, *per se*, no implica el tránsito por determinada orilla ideológica o la adhesión a un signo partidista específico. Hace referencia, más bien, a una “lógica política [...] relacionada con la institución de lo social, [...] que surge de las demandas sociales y tiene lugar mediante la articulación variable de la equivalencia y la diferencia”²⁴. Esta institución de lo social es contingente, no se establece *a priori* ni se cierra en una sola significación, de ahí que el discurso populista sea siempre “impreciso y fluctuante, [pues] intenta operar performativamente dentro de una realidad social que

21. Ernesto Laclau, *La razón populista* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2005), 98.

22. *Ibíd.*, 91.

23. Merlin, *Mentir y colonizar*, 73.

24. Laclau, *La razón populista*, 150.

es en gran medida heterogénea y fluctuante”²⁵. Es por eso que la noción de pueblo estará en el campo de la metáfora y “la operación hegemónica será necesariamente catacrética”²⁶.

Ahora bien, ¿de qué se trata esta relación entre equivalencia y diferencia? “La politización del deseo”²⁷, que es la enseñanza misma del feminismo, puede dar cuenta de ello, a saber, la exteriorización y la puesta en el centro de los asuntos públicos, de las demandas que antes se agazapaban tras el bloque inalterable del régimen político-burocrático. “El feminismo es un colectivo que designa varias significaciones simultáneamente. Por una parte, refiere a las reivindicaciones concretas de la mujer: rechazo a la violencia hacia el género, ley de aborto, igualdad salarial, reconocimiento del trabajo de las mujeres por fuera del mercado”²⁸ y una serie más amplia de demandas con “multiplicidad de sentidos (sobredeterminación)”²⁹, eslabones particulares que, sin embargo, por el hecho de oponerse, cada una, a un régimen que no las tramita, establecen entre sí, una relación de equivalencia. Así, una serie de demandas diferenciales se unifica en torno a una cadena equivalencial; cadena que, aunque potencialmente constituye un pueblo y es la base para la emergencia de un momento populista, es necesario que se cierre, aunque de manera contingente, inestable y no definitiva, en torno a un significante —llamado significante vacío por Laclau— que, a su vez, la cristalice como universal.

Insistamos en la dimensión de lo contingente, pues la politización del deseo está ya articulada en la lógica del *no todo*. Lo político, agujereado por la palabra, objeta y cuestiona la lógica totalitaria del poder, y el deseo, que aparece siempre

25. *Ibíd.*, 151.

26. *Ibíd.*, 96. ‘Catacrésis’, dicen los diccionarios, es una figura retórica que designa algo que carece de nombre especial por medio de una palabra empleada en un sentido metafórico, como la hoja de la espada o una hoja de papel.

27. Merlin, *Mentir y colonizar*, 125.

28. *Ibíd.*, 126.

29. *Ibíd.*, 73.

como negatividad, es indefectiblemente insatisfecho. Entonces, a la ya mencionada imposibilidad *a priori* o cálculo intencional, se adiciona su carácter de *no definitivo* porque, por un lado, “ellas [las mujeres] no están del todo representadas allí, algo desborda y excede el *locus* de las reivindicaciones”³⁰; por otro, haría falta el eslabonamiento con otra serie de demandas que se oponen al totalitarismo de los Estados neoliberales, aquellas “demandas de los organismos de derechos humanos, tales como Memoria, Verdad, Justicia [y demás] consignas populares”³¹ que puedan hacer objeción al todo fálico.

Entonces, “¿es posible lograr deseo de emancipación en el imperio de la obediencia inconsciente?”³². Quizás la

noción de hegemonía abra una brecha que proporcione cierto marco de maniobrabilidad y, en ese sentido, tal vez, podamos servirnos, para pensar la causa de ese deseo, del “objeto a de Lacan. [Este objeto] constituye el elemento clave de una ontología social”³³ en términos de “cierta particularidad que asume el rol de una universalidad imposible”³⁴. Ese deseo no busca, por lo tanto, su reconocimiento en el régimen, sino que “se autoriza por sí mismo”³⁵ y produce el acontecimiento hegemónico que acaso habilite recursos simbólicos distintos con los cuales pactar lo social. Aunque *imposible de prever*, esta es la *apuesta política*.



30. *Ibíd.*, 126.

31. *Ibíd.*, 110.

32. *Ibíd.*, 112.

33. Laclau, *La razón populista*, 147.

34. *Ibíd.*

35. Merlin, *Mentir y colonizar*, 138.